

Aurelio Galfetti: Conferencia en Bérgamo

Temas para una discusión sobre la enseñanza de la Arquitectura

A cincuenta años del encuentro de Bérgamo, CIAM n° 7: 1949

Hace 50 años aquí, en Bérgamo, el Congreso del CIAM debatió muchos argumentos, entonces de actualidad: la integración de las artes y la enseñanza de la arquitectura y de la urbanística.

Hoy he seleccionado un tema para hablar, durante los veinte minutos que me han asignado, que es «reformas de la enseñanza en la arquitectura y la urbanística.»

Ésto no depende sólo del hecho que, desde hace tres años dirijo una nueva Escuela de Arquitectura: «la Academia de Mendrisio», sino de mi creencia que para responder al tema de este encuentro: «Presente de la arquitectura del pasado a futuro, en relación al rol profesional del arquitecto respecto de la globalización y la persistencia de las tradiciones culturales», debemos afrontar temas fundamentales como el de la enseñanza.

Quizás la enseñanza, y sobre todo la enseñanza del proyecto más que cualquier otra actividad, puede construir un futuro y, en este sentido, creo que una reforma de la enseñanza de la arquitectura puede contribuir a renovar el hacer arquitectura y urbanística en la profesión y garantizar un futuro.

El problema es la supervivencia del «mestiere»¹ del arquitecto, no del arquitecto que siempre encontrará la fuerza de existir.

Para entender aquello que se discutió en Bérgamo hace 50 años, he leído las memorias de las comisiones y me ha parecido que la discusión sobre la enseñanza de la arquitectura y de la urbanística, bajo la presidencia de Ernesto Rogers, fue entre todas la más lúcida y con toda probabilidad, la única que ha tenido continuidad.

Las disquisiciones sobre las relaciones entre arte y arquitectura, en cambio, me parece que no han dejado una marca importante. Se puede decir que las propuestas de la comisión Rogers se han desarrollado perfectamente en las diversas Escuelas de Arquitectura entre los años '80 y '90. La larga mirada de los discursos de Rogers, Gropius, Roth, Van Esteren, etc. han tenido y tienen actualmente una respuesta válida, por ejemplo, en el Politécnico de Lausanne, que personalmente considero una de las buenas Escuelas de Arquitectura europeas, construida precisamente con las ideas del CIAM de los años '50.

En Suiza hemos sentido la necesidad de una nueva escuela alternativa que respondiese mejor a la complejidad de hacer arquitectura hoy.

La Escuela de Mendrisio se llama Academia, precisamente para diferenciarse de los politécnicos federales. Por el momento creo

que se puede decir también, que la Academia no va mucho más allá del pensamiento de Rogers y Gropius de hace 50 años. Como inicio no me parece mal. Considero más correcto iniciarse con Gropius que con Scamozzi o Palladio.

Se llama Academia pero no tiene las raíces en la Academia del siglo XIX sino en la modernidad. Nuestro "pasado" es el movimiento moderno. Para comenzar sirve un pasado, no se inicia desde nuevo, lo nuevo se debe inventar. Necesitaba iniciarse desde el mejor presente y, a mi parecer, actualmente los mejores ejemplos son precisamente aquellas Escuelas que se refieren al "modelo" CIAM de 1949.

Yo pienso que son las Escuelas que han producido mucha de la buena arquitectura europea de los últimos 50 años.

Obviamente, después de 50 años, necesitamos dar oxígeno al gran potencial elaborado por la modernidad y una reforma es necesaria sobre todo, como he dicho anticipadamente, para la supervivencia del «mestiere» del arquitecto.

La arquitectura, independientemente de su enseñanza tendrá siempre sus obras extraordinarias, sus arquitectos excepcionales que encontrarán siempre un espacio para realizarlas.

Pero el «mestiere» del arquitecto, no aquel que permite construir grandes obras, sino aquel que construye el 99% de lo que se llama arquitectura, tiene que evolucionar, porque lo que mi generación ha aprendido no sirve más. Con nuestros medios y con gran fatiga, los ancianos podemos responder a la vida de hoy, pero a los jóvenes debemos darles otros medios. Efectivamente, sólo ellos podrán encontrarlos, pero nosotros debemos indicarles un posible camino.

A mi me parece que para los jóvenes arquitectos, con los medios que la Escuela pone a su disposición, es siempre más difícil sostener la confrontación con el capital, la industria, la burocracia, la ignorancia y la masificación imperante.

A mi generación, la cultura introducida por el CIAM le ha dado los medios para hacer, para proyectar, para construir.

En los años '50 la Escuela no era particularmente eficiente, pero el mundo del trabajo era rico de esperanzas y suplía las carencias de la Escuela.

Hoy me parece más difícil defender la condición del arquitecto sin una Escuela eficiente. Los órdenes corporativos se han deshecho, el «mestiere» anda a tientas.

Quizás la Escuela pueda hacer algo, pero ¿qué Escuela? Ella parece tener hoy, como siempre, muchos problemas. Cincuenta años antes, el CIAM hacía una lista de siete puntos y sus mayores problemas, se decía, eran:

- . las Escuelas de Arquitectura tienen muchos alumnos
- . los métodos de enseñanza no corresponden más a las necesidades de la sociedad moderna
- . no existe ninguna relación activa entre las diversas disciplinas de la enseñanza
- . los profesores no poseen las cualidades pedagógicas y la experiencia profesional indispensable
- . el número de profesores no tiene relación con el número de estudiantes
- . las Escuelas no toman parte en la actividad de la arquitectura y de la urbanística
- . los contactos con los ambientes profesionales y artísticos son insuficientes

Todos problemas a los cuales, al menos en las mejores Escuelas, se le ha dado alguna respuesta. Obviamente hay países que no tienen todavía hechas las reformas del '49.

Sin embargo, existe un punto que creo que pueda reproponerse siempre: la Escuela hoy, como hace 50 años, está alejada de la

vida y quizás no puede ser de otra manera. Es probablemente inevitable. La vida corre más rápido que la Escuela de los arquitectos, ¿cómo hacer?

A mi me gusta imaginar el trabajo en el campo de la enseñanza como aquel del campo del restauro.

Pueden valer los mismos criterios:

- . si las fundaciones y los muros son buenos se pueden conservar*
- . conservar quiere decir transformar y para poderlo hacer es preciso demoler*
- . la «tabula rasa», por lo tanto, no es la única solución para llegar a cosas nuevas*

De todos modos, en el restauro una cosa es muy segura: el pasado no se puede reconstruir, menos aún el pasado más cercano, menos aún el moderno. En nuestro caso entonces, tampoco se puede reconstruir la Escuela ideada por los CIAM.

En uno de los informes de las tantas comisiones se decía:

«Si el arquitecto pierde la ocasión de dar su contribución a la industria, la industria dejará de lado al arquitecto.» Una cosa que, salvo raras excepciones, se ha verificado puntualmente.

Yo pienso que hoy se podría decir: «Si el arquitecto pierde la ocasión de dar su contribución a la sociedad, los políticos, la vida, la sociedad dejarán de lado a la arquitectura.» Ésto que pienso es lo que está sucediendo un poco en todas partes.

- . para el diseño del territorio, se nos deja afuera*
 - . para la construcción del paisaje, se nos deja afuera*
 - . para el proyecto de las grandes y pequeñas infraestructuras, se nos deja afuera*
 - . aún la industria de la construcción tiende a dejarnos afuera*
- ¿Cuál es la reforma necesaria en la enseñanza de la arquitectura para poder esperar que el «mestiere» del arquitecto sea todavía un hacer importante para la sociedad?*

La Academia de Mendrisio ha iniciado una reforma que tiene la premisa de llegar a una nueva figura de arquitecto. Por el momento, la Academia de Mendrisio dice sólo cosas conocidas como aquella de la centralidad del proyecto.

Muchas Escuelas hablan de la centralidad del proyecto, pero ¿qué cosa significa efectivamente la centralidad del proyecto en la enseñanza? Quiere decir que el proyecto es central como espacio, como tiempo, como contenido.

En la Academia el proyecto es central porque:

- . el taller, o sea el espacio en el cual se hace el proyecto, es obligatorio.*
- . el taller es central respecto de la vida cotidiana.*
- . el taller es un espacio no sólo adaptado sino de cualidad.*

Hasta aquí, nada nuevo, ya en un informe de una comisión del CIAM se decía: «La atmósfera del lugar físico y espiritual de la Escuela es más que precioso.»

- . el taller, o sea el tiempo en el cual el estudiante hace el proyecto, está siempre presente. Cada día se proyecta, no hay días para los proyectos y días para la teoría.*
- . el proyecto es central porque el 70% del tiempo del estudiante está dedicado al proyecto. Para hacer una cosa importante necesitamos darnos el tiempo para hacerla bien. ¡Se necesitan 25 horas semanales!*

En una Escuela no se puede hablar de centralidad del proyecto si el proyecto se hace afuera, en poco tiempo y una vez cada tanto.

- . el proyecto es central sobre el nivel de los contenidos, porque todos los intereses suscitados en los estudiantes gravitan en torno a «su proyecto». Se trata de la integración entre proyecto y materias teóricas. Es el punto central, aquí se produce el suceso o el no suceso de una enseñanza que pone al proyecto en el centro de la Escuela.*

Pero ¿qué se puede pedir para que en una escuela el proyecto sea central?

Hay escuelas que en el centro ponen la historia de la arquitectura o la tecnología.

¿Por qué el proyecto? Porque en el hacer del arquitecto, el proyecto es central.

El arquitecto es aquel que hace el proyecto para la construcción del espacio de la vida del hombre. El CIAM decía: «El arquitecto crea y organiza los lugares donde se desarrolla la vida del hombre». La esencia es siempre aquella: espacio y lugar.

En la profesión hacer el proyecto es hacer una totalidad, donde todo nace junto.

No existe el tiempo del proyecto y el tiempo del análisis.

No existe el tiempo de preparación y aquel de la creación.

No existe el tiempo del proyecto y el tiempo del estudio de los detalles.

No existen detalles fuera del proyecto.

No existe el tiempo del proyecto y el de la construcción.

El proyecto se continúa en la obra y la obra condiciona el proyecto.

¿Por qué en la escuela debieran existir las distinciones? Se dice que por comodidad didáctica. Pero yo pienso que separar no ayuda a entender.

El arquitecto es un generalista. El arquitecto no puede ser un especialista de nada, sólo del proyecto.

Cuando hace un proyecto para un hospital no es un especialista en hospitales, se vale de la colaboración de un especialista, o sea que es radicalmente diferente el hacer del arquitecto de aquello que hacen los especialistas que son consultados por los arquitectos.

Para el profesional hoy, por lo tanto, la centralidad del proyecto significa saber condicionar todo el «interconstructivo» a través de un nuevo tipo de proyecto, que no es más aquel que se inicia en la libreta de viajes, progresivamente crece y termina diez años después con los últimos detalles constructivos 1:1, elaborados después de la visita a la obra.

El nuevo tipo de proyecto es un proyecto en el cual el 1:200 contiene ya los detalles constructivos del proceso de construcción o por lo menos las características para poderlos controlar.

Hoy, en cambio, al arquitecto se le pide exactamente lo contrario, se le pide delegar todo, sea el detalle, sea la construcción, sea la obra; se lo quisiera coordinador o simplemente consultor estético (decorador). Sólo se le deja la responsabilidad legal, el diseño de las fachadas. Se le pide escoger los colores de las paredes, pero no se le deja diseñar el plano de los apartamentos. ¿cómo puede hacer un proyecto en el cual no sabe si podrá decidir los perfiles de los cerramientos? ¿cómo puede hacer un proyecto sabiendo que será realizado por una persona de otra formación y con otros intereses? ¿qué enseñanza puede formar un arquitecto que sea capaz de controlar estos contrastes que, evidentemente, no pueden ser eliminados, tienen que ser asumidos?

¿Necesitamos continuar formando buenos «artesanos», como hemos sido nosotros, artesanos que saben hacer todo, pero que quedarán desocupados porque el mundo del trabajo hoy es diverso o, arquitectos que saben colaborar con los artesanos o especialistas?

La respuesta es obvia: el nuevo tipo de arquitecto no es un artesano como he sido yo o mi generación. Es un arquitecto que sabe que no es omnicomprendivo y se reserva el derecho de reconducir todos los problemas; aquellos fundamentales de la construcción del espacio y que no delega ninguna de aquellas maravillosas operaciones críticas de síntesis que es el proyecto. Para formar un arquitecto de este tipo, la Academia ha avanzado

en una hipótesis: una proyectación transdisciplinaria, atravesando disciplinas, a la que está reservada una formación humanística. ¿Cómo concretar este hacer transdisciplinar? La propuesta de la Academia es hacer un tipo de taller de proyectación, constituido particularmente de esta manera:

- . un «taller vertical». El término «vertical» es impropio respecto del significado común. Significa sobretodo único, particular, personal. En síntesis, 25 estudiantes guiados por una personalidad, un arquitecto que es, el estudio de Mies van der Rohe, de Renzo Piano, de Peter Zumthor, de Mario Botta, etc. Aquí se hace el proyecto con el “maestro”, por más grande o pequeño que sea.*

- . un «taller horizontal», 100 estudiantes, o sea, todos los estudiantes del mismo año, que convergen en toda aquella actividad complementaria como el diseño, la escenografía, el design, la expresión artística, etc. Es una fórmula ya experimentada con éxito, por ejemplo en Lausanne.*

- . un «taller integrativo» donde convergen todas las disciplinas enseñadas especialmente en las cátedras: filosofía, matemática, construcción, sociología, historia del arte, historia de la arquitectura, etc.*

El conjunto de estos tres talleres debería producir una actividad transdisciplinaria centrada efectivamente en el proyecto.

Muchas Escuelas, que yo sepa, enseñan esta idea de integración entre las diferentes disciplinas. Pero así como ya decía Weber en el '49, todos los proyectos de enseñanza necesitan la participación del estudiante y la obtienen. Más difícil es obtener aquella de los profesores.

Yo creo que para ir más allá del estudio del maestro, se necesita la presencia en el taller de otros profesores de otras disciplinas.

El arquitecto responsable del taller debe salir de su aislamiento y compartir su proyecto con el filósofo, el historiador, el ingeniero, el economista.

Necesitamos encontrar un equilibrio entre los participantes. Es un equilibrio difícilísimo, parecido al que el arquitecto debe encontrar en su trabajo. El arquitecto es siempre un «star», una «prima donna» grande o pequeña, que debe de todos modos saber descender de la torre de marfil fuerte de su imagen, entrar en todas las disciplinas, atravesarlas, escuchando y colaborando con los otros.

Trabajo contradictorio, difícil, de gran equilibrista.

Pero yo creo que se puede hablar de centralidad del proyecto, no sólo si efectivamente todos los especialistas participan, sino también si todas las componentes del territorio convergen en el proyecto.

En la Academia hemos dicho de querer formar un arquitecto operador territorial y no sólo operadores edilicios.

¿Qué se entiende por arquitecto operador territorial?

Es un arquitecto que sabe que la cultura del territorio es el verdadero campo de acción, el lugar privilegiado del hacer arquitectura, el arquitecto es siempre también «urbanista».

O sea, por decirlo brevemente, el arquitecto territorial es al mismo tiempo arquitecto- urbanista- planificador- paisajista y también restaurador; porque cualquier intervención sobre el territorio es de todos modos un trabajo de restauración en el sentido de transformación, ya que, en el trabajo sobre el territorio, no existe la «tabula rasa».

La Academia de Mendrisio quiere formar un arquitecto que sepa colaborar con todos los «especialistas», así como ya trabaja con el ingeniero civil, pero que sea también urbanista y paisajista.

Es una formación que quiere cancelar la distinción entre arquitectos, urbanistas, paisajistas, planificadores, restauradores; en cuanto la noción de lo “territorial” se conjuga en un único hacer. Se trata de un único «mestiere»; el urbanista y el restaurador

no son especialistas, construyen espacios y por lo tanto son arquitectos.

Nosotros creemos que para una preparación de este tipo son necesarios ocho a nueve años:

- . dos años de introducción a la arquitectura, un bienio hecho de un año de teoría y uno de práctica
- . tres años de estudio
- . un año de diploma o láurea
- . dos ó tres años de Master

El nuevo arquitecto que queremos formar es un arquitecto que sabe poner la semilla del detalle constructivo en el proyecto, como sabe insertar el proyecto en el territorio. Es un arquitecto que sabe hacer un proyecto que ya en la escala 1:100 contiene las condiciones para su desarrollo. Un arquitecto que en su proyecto sabe colocar, para hacerlo crecer como desea, una suerte de ADN y una «especie de brújula» para orientarlo en el territorio.

Pero hay otra cosa que una Escuela de Arquitectura hoy debe hacer: debe saber tratar todos los temas y los argumentos conectados con el desarrollo sostenible, en relación con el espacio arquitectónico y territorial.

Las Facultades de Arquitectura deben reposicionarse respecto de la ingeniería civil y forestal, de la urbanística, de la paisajística, de la ecología, de las ciencias naturales, etc., creando un rol, un «polo de competencia» para todos los argumentos conectados con el desarrollo. Es un rol que el arquitecto siempre ha tenido y las varias especializaciones le han sacado. Las especializaciones obviamente existirán siempre, pero el arquitecto debe saber reconducir estos temas a una dimensión proyectual y espacial.

En las esferas de especialistas, el proyecto de espacio frecuentemente no existe y el espacio, en particular para el planificador, es una noción totalmente desconocida.

Para concluir: ¿cuál es el futuro?

Diré que puede haber un futuro para el arquitecto, si:

- . se transforma en el maestro del proyecto de la construcción del espacio, no en el maestro de obra
- . se dejan de practicar la urbanística y el restauro como especializaciones
- . se sabe reconducir hacia los temas de espacio arquitectónico y territorial, todos los problemas conectados a la transformación de la vida del hombre

En este sentido, la identidad regional, la persistencia de las tradiciones locales, los peligros que se encuentran en los modelos homologables de la globalización, no creo que sean temas de actualidad. Los arquitectos debatiendo sobre estas cuestiones me parecen tan anacrónicos como aquellos del '49, aquí en Bergamo, que debatían la necesidad de la integración de las artes.

Las artes en aquel tiempo, habían ya dejado la arquitectura, y aquello no era ni una pérdida ni una ganancia. Era una evolución inevitable así como lo es la globalización.

Con la globalización se perderán algunos valores y se activarán otros, probablemente más profundos.

Una reforma de la enseñanza es necesaria para dejar de lado los falsos problemas y colocarse en aquellos verdaderos, que son los de la supervivencia del «mestiere», en un mundo que quiere dejarlo fuera.